

HERALDO DE MURCIA

AÑO V

DIARIO INDEPENDIENTE

NUM. 1220

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península UNA PESETA al mes.
Extranjero 7'50 PESETAS trimestres.
Comunicados á precios convencionales.

Redacción y talleres: S. Lorenzo, 78

MIÉRCOLES 26 DE MARZO DE 1902

PRECIOS DE LOS ANUNCIOS

En segunda plana. 00'50 pesetas línea
En tercera. 00'10 id id.
En cuarta. 00'05 id id.

Administración: Saavedra Fajardo, 15.

TREGUA

La Semana Santa establece una tregua tanto en la política como en la vida del hombre en general; tanto en las costumbres como en los hechos: todas las almas están embargadas del mismo sentimiento, del mismo placer místico, del mismo recuerdo santo en que vive en nuestros corazones. Si, la Semana Santa vence á todo, á lo imposible cual lo es la política.

Una tregua, corta por desgracia, suspende, trunca el curso de lo diario, la perenne lucha por la vida, el continuo mangoneo de la política. La semana santa se sobrepone á todo, y cuanto mayor es su vejez, tanto más se renova; traenos una alegría dulce, porque nuestro corazón vive, aspira con deleite, ese puro sentimiento que se desprende de la más hermosa página del cristianismo.

Sursum corda. Cesemos en la perenne lucha por la vida y dirijamos nuestros ojos á Aquel, del que conquistaremos más afecto y gloria, que la que pudémosos reservar en la tierra los hombres y las pasiones. Elevad vuestros corazones, almas cristianas, entonad preces en loor de Aquel que por salvarnos vertió su preciosísima sangre en el mayor de los sufrimientos. Unanse vuestras almas á las oraciones y ellas vayan á encontrarse con nuestro Salvador.

Apartémonos de la política aunque solo sea por estos cortos y preciados instantes, busquemos la paz de nuestras almas, el consuelo de los desengaños, el divino aliento que nos hará poderosos, en las sacrosantas oraciones, en la memoria sagrada de Jesucristo, en los redivivos hechos del Hombre-Dios.

Hoy el Universo entero se consagra á rendir fervoroso culto á la muerte del Salvador, consagrémonos nosotros también en ese fervor, aspiremos hasta el deleite cada una de las brisas cristianas que nunca mueren y nos hacen felices; busquemos en ella la dicha de los continuos desengaños, maldades, pasiones y volubilidades del ser humano; fundámonos en ella.

Tregua, tregua santa y poderosa en los días cuya sola presencia entristece el mundo y conforta el alma, venciendo el natural turberismo del género humano, y sepultámonos de lleno entre las ondas diversas que se desprenden de las ensangrentadas y místicas páginas del cristianismo.

Sursum corda!

CARTA DEL SR. CAVALEJAS

Sr. D. Joaquín Bicenta

Mi distinguido amigo: A carta abierta y franca, respuesta clara y pública. Es verdad: hablé y escribí mucho en estos últimos tiempos; tuve, si no la mayor, parte activa en el movimiento de opinión que hizo salir á la superficie nobles anhelos de la conciencia nacional, dormida largo espacio con sueño peligroso. Enemigo del motín y de la revuelta, siempre los condené acerbamente. Soy, en cambio, entusiasta partidario de la agitación pacífica, sin la cual las opiniones colectivas, como las aguas, se estancan y vician.

Sin esas dotes que usted me atribuye, no diré por lisonja, pero sí por benevolencia hija de su afecto, acabo de entrar en el Gobierno; pero no dejé á la puerta como bagaje incómodo mis discursos y mis artículos.

Lo dicho, dicho queda; lo escrito, escrito está. Que algo debe representar como factor de la vida pública el hablar y el escribir, el sembrar ideas, me lo prueban las esperanzas, excesivas quizás, que mis campañas han despertado, esperanzas que se traducen en

millares de telegramas y cartas que coinciden substancialmente con la de usted, aun cuando la suya llega hasta mí revestida con aquellas galas literarias que le son peculiares.

Resuelto á no arriesgarme en discusiones ó entrevistas periodísticas, sirvan estas líneas de contestación para todos.

A sus requerimientos corteses, que bien pudieran representar en este caso los de grandes elementos juveniles y progresivos, he de responder con una prudente concisión. Saldré del Gobierno sin rectificar con mis actos cuanto dije y escribí; pero yo no soy el primer ministro, sino el último; yo no rijo á la mayoría, aun cuando alguna vez haya tenido la fortuna de servirla de intérprete. No se me pida, pues, lo que yo no puedo pedir; no se me exija que machen á mi compás hombres de muy superior talento, de más larga historia y de representación más alta.

Yo no puedo, por otra parte, como no pueden los liberales y demócratas españoles, borrar la historia de estos últimos años. De todos son los abandonos, las condencendencias y los retrazos, y en todos reside, más ó menos distribuida, por acción ó omisión, la responsabilidad de los avances del clericalismo y de las tendencias quietistas en la reforma social; á todos alcanza la responsabilidad de no haber transformado nuestra hacienda municipal, abordando el problema de las subsistencias, de mantener un impuesto que, con decir que no hay quien no le llame *inícuo*, ocioso parece agregar que no puede sostenerse en sus actuales condiciones por más tiempo. Y todos somos, por último, responsables de que aún no sea ley el servicio militar obligatorio, que tanto interesa á la justicia como á la defensa de las clases conservadoras.

Usted y muchos demócratas y muchos obreros, en público ó en privado, me alientan y estimulan. Algunos me tasan las horas y los trámites, y á los dos días de ser ministro pretenden que debo haberlo hecho todo y no se contentarían con menos de que tuviese la audacia de ejercer la dictadura en el gabinete; audacia cuya tentativa frustraría con razón el jefe del Gobierno desde el primer instante.

Noten los elementos liberales que, en la extrema derecha de las fuerzas conservadoras y en los tradicionalistas, surge también el apremio de las impacencias. También desde esas filas se emplea, no el estímulo de buena fe, sino el acicate provocador. No se nos dice: «¡Trabajad!» Se nos grita: «¿A que no os atrevéis?» Se busca, en fin, el desquite, el desentono, dándose el caso de que aquellos que más fuerzan sus pulmones son los mismos que hasta hace poco fingían alarmas é inquietudes, no porque formase parte del Gobierno, sino porque tuviera voz y voto en el Parlamento un hombre como yo.

Aconsejéme y estimuléme cuanto quieran, que bien lo agradezco; pero no me cohiban y desalienten y opriman con impacencias injustificadas. Yo sé que no se puede malgastar las horas; yo creo—ahí está mi artículo sobre la última tregua en *Nuestro tiempo*—que llegó el instante de hacer muchas cosas y muy trascendentales con gran rapidez; pero no vayamos á malograrlo por impremeditación y á destruir por impacencias un partido y un Gobierno que juzguenles como quieran, son al fin fuerzas poderosas en las que puede hacerse mucho para el progreso de la libertad, el afianzamiento de la paz pública y la prosperidad moral y material de la patria. Esperen los actos y no desconfíen de mis palabras.

Suyo cordial amigo,

J. Cavalejas y Méndez

Marzo, 24, 1902.

La Semana Santa

Si la Iglesia católica despliega en estos días toda la majestad del culto y la tierna poesía de sus misterios, no es por cierto para ostentar vana magnificencia á para deslumbrar, sino para hacer brillar los rayos de esa luz divina que ilumina á todo hombre que viene al mundo. Si abre las páginas más bellas de la antigua y nueva ley, no es para que les interpretemos á nuestro antojo, sino para persuadirnos que la letra

de las Escrituras y el sentido de las profecías, se hallan explicados y consumados en el advenimiento y misión divina de Jesucristo. Si la Iglesia llora con Jeremías, no es para lamentar las desgracias de un pueblo justamente castigado por su pecado, sino para compadecer la deplorable ceguera de esos hombres que tienen ojos y no ven, oídos y no oyen.

Las ceremonias y canto de la Pasión del salvador en estos días, no son para admirar la pompa del culto y la melodía de los cánticos sagrados, sino para despertar en nuestros corazones adormecidos, el recuerdo de los tormentos que el Señor quiso padecer para redimirnos y arrancar de nuestro corazón acentos de beatitud y suspiros de esperanza.

Lejos de apreciar como actos de fanatismo pueril y de reacción oscura las austeras costumbres de nuestros mayores, lejos de radicalizar los actos que en estos días les inspiraba su acrisolada fe, precisa continuar la tradición é inclinarnos ante la majestad infinita del Señor, que por nosotros fué obediente hasta morir en una cruz.

Obrando así como españoles, como católicos, se rehúsan los lazos de esa fé, de esa caridad sincera, que en días gloriosos congregaban al pie de los altares á padras é hijos, á reyes y pueblos, á mozos y ancianos, á ricos y pobres, como hijos de esa gran familia cuyo padre está en los cielos.

He aquí la verdadera libertad, la sola igualdad posible, la sola fraternidad indestructible, la fiel imagen de esa comunión celestial en que todas las virtudes, todas las gerarquías legítimas se reúnen sin confusión ni ofensa, porque todo lo que hay parece vil y despreciable á los ojos humanos, será un día grande y sublime en la presencia de Dios.

UN CUARTO A ESPADAS

A Gustavo Wivona.

Poniendo manos á la obra, mi señor D. Gustavo, quiero cumpliros la promesa que os hice de buena voluntad, en lo tocante á la interpretación de la máxima elocuente que nuestro clásico por excelencia pone en boca del más grande loco que han conocido los siglos, y del ingenio más agudo que han dado á la estampa los mayores ingenios de las remotas y presentes edades.

Ya vieron la luz los dos primeros articulejos de la serie prometida, y metiéndome en varas (quisá decir en el asunto, pues me horroriza la tan decantada fiesta nacional) comencé, caballero de la andante literatura castellana, por daros algunos consejos provechosos; no porque en ellos resplandezca la sutileza y discreción de quien como al que emborrona estas miserables cuartillas más bien le vendría en talante el recibirlos, sino porque, magüer que soy humilde en la literatura pública, en cuanto á la escasez é insignificancia de la artística labor, el haber corrido un tantico mi nombre por las planas de los periódicos locales, y por ende tener curtido el pellejo, agujereado y lastimado en demasía, prestará un cierto saborcito á mis consejos, los cuales me permita la lisonja de creer os han de servir en mucho para el mañana, y harán que en el presente se abran del todo los ya entreabiertos ojos de vuesa merced, al andante ejercicio de las letras, en esta infelice ¡que Dios le reserve días más prósperos y de menor adversidad y desconcierto! patria que se intitula de los Calderones y Cervantes, Vegas y Alarcónes, Frayluises y Argensolas, Andrades y Quevedos, Saavedras y Molinas, Herrejas y Mendozas, Garcilazos y Lacasas, Jovellanos y Donosos, Moratines y Meléndez.

V. en Dios y su mi ánimo que aunque vuesa merced no sea un nuevo Sancho que necesita los consejos de un Quijote para gobernar en el mañana la prometida insula que os otorgaren vuestros propios méritos, (jamás el favor de algún comerciante de las letras) ni mi pequeñez representare el ingenio quijotísimo del hidalgo más ingenioso del ayer, encajarán como anillo al dedo los consejos en cuestión, ¡frutos amargos que recoje en el espinoso y asaz estrecho camino que recorrió mi inavertida juventud!

Para ajustar dignamente en las modernas lides de las letras españolas, tendréis que cumplir al pie de la letra las máximas que siguen:

En primer lugar abrigaréis en vuestro ánimo el santo temor de la conciencia; pues, el ejercicio de la docta literatura, no consiste que esgrinemos de mala fé nuestras armas de críticos severos en menoscabo de los inútiles que no nos perjudican con sus prosas de insípido olor y de sabor, pero que á la postre en perjuicio de ningún asenderado caballero de las letras.

El segundo consejo que me viene á las mientes, es aquel que nos dice:

«Has de poner los ojos en quien eres, procurando conocerte á tí mismo, que es el más difícil conocimiento que puede imaginarse.» (1)

Si cumplís el anterior precepto, antes de juzgar á las claras los escritos de vuestro contrario, sabéis apreciar los que ha producido vuestro ingenio, más ó menos sutil ó sobresaliente en la cotidiana pública labor.

La máxima tercera, se refiere á los escritores asalariados, sobornados, y mal educados; que de todas calañas y jaces los hay en la vida del Señor.

Con aquellos, no podrá nunca entenderse vuesa merced, porque propagan á sueldo lo mismo las lisonjas que los desfavores. Y habrá de saber mi señor don Gustavo, que si por casualidad se topase con alguno, le será más útil esgrimir en su defensa la cortante tizona del desprecio.

En cuanto á los segundos, magüer que no están adornados de las buenas partes que brillan en toda persona de calidad, preza y valor, será conveniente que su excelencia les aplique una mordaza por respuesta; y si le apuran, y obligan á que pierda el resto de moderación que le quedar, les pone por justicia, único remedio de amordazar los maldicientes labios de tantos escritorzuelos ignorantes que desatan la lengua en menoscabo de la social urbanidad, y el justo respeto que merecen el digno escritor á quien zahieren y el público mayor que de mal tante les sepulta.

El cuarto consejo, lo entresagué del ingenioso y nunca asaz celebrado capítulo de máximas, que nuestro Cervantes pone en boca del discreto y valiente D. Quijote;

Haced gala, Gustavo amigo, cuando la necesidad os obligase á batiros el cobre en alguna controversia, de la humildad de vuestros conocimientos, de la cortesía de vuestras palabras, de las continuas lizezas y donaires que muestra en el difícil manejo de la pluma, vuestro (caso inútil) público adversario; que á pesar de la sencillez y la llaneza que mostraréis, si vuestra docta y afinada pluma se pesaba como la mansa serpiente por la hierba, avanzaréis en vuestro campo de una manera prodigiosa, sin que lo advierta vuestro débil y soberbio contrincante; hasta que os enrosquís al cuello de vuestro adversario inadvertido, el cual, por muchos esfuerzos que sumara no lograría nunca adelantar en lo perdido, sino atrasar y perder por momentos lo ganado. Y como os decía, ahagándole en llanas y sutilísimas razones le mostraréis con suma habilidad vuestros subidos puntos de cultura, y vuestra atinada discreción y hábil manejo de la pluma en la polémica.

La máxima quinta viene á hacer el oficio de conclusión ó remate de la cuarta; y dice así:

«Después de vencido y aplastado el adversario, en buena lid, no se goce el vencedor, aunque el público lo haya proclamado como bueno, no se goce, os decía, en entonar á voz en cuello, puesto el pie sobre la cabeza de vuestro débil enemigo el terrible y vengador lema ¡Vae Victis!»

El sexto consejo, se refiere á la mayor ó menor altura de lugar en que la fortuna hubiese colocado al escritor:

Si vuesa merced se hallare alto, ayudará al que se encontrase á sus pies; que de generosos corazones es el tender la mano al menesteroso y socorrerlo, y confortarle, y sacarlo á la luz de las negras cuñetas que su triste destino le colocó para su mal.

Si os hallaréis debajo, no deis cabida en vuestro pecho á la vanidad ni á la soberbia; magüer que el diablo no cesa de tentar continuamente á los infelices que soportan la desgracia, nues-

tra razón debe superar á cuantos padecimientos nos abrumen. Y sabed, que no hay en la vida presente cosa más despreciable y que parezca peor á los ánimos enteros, que el pecado de la vanidad en los menesterosos y desheredados de la suerte.

El de la soberbia, es de peor índole que el primero; pues, si voláis con las alas del Icaro del cuento, ya sabéis, sin que yo me tome el trabajo de advertiroslo, el funesto resultado que sacaréis de vuestro viaje.

El puesto medio, es sin duda el más agradable y venturoso, por las honestas delicias que siempre prodigó á los ánimos honrados. Ya se alegraba de haberle alcanzado un clásico y muy famoso poeta latino, cuando, en dulces y no menos inspiradísimas estrofas nos ensalza los placeres que produce al escritor una suave medianía.

Adoptad el término medio que os propuse, y aunque os afirmo muy de veras, no medaréis en tal lugar, en cambio os prometo una dicha sin segundo, y una relativa independencia en cuantos actos pusiere vuestra voluntad en ejecución y pensamiento.

Si un día os invitaran á colaros de rondón por las ventanas, postigos y huecos mal tapados de las academias y liceos, no aceptad de vuestros indiscretos protectores la oferta prometida y demandada en estos tiempos por los más. ¡Por las anchas puertas que os abrieren vuestra fama y merecimientos verdaderos, debéis únicamente penetrar, teniendo á vuestros pies á la valiente y estéril multitud que antes se burló de todos vuestros propósitos y á la caterva de necios que os adulan. Y si la atmósfera que se respirase en la docta asamblea en que hubierais penetrado, es la continua predilección y la no no menos continua lisonja, y el encomio de unos cuantos, echad á correr y salid sin punto de reposo á donde respiréis el aire libre, sin mezcla de miasmas infecciosos; trocand la vanidad y la pompa de esos literarios centros de cultura, por la bucólica y apacible sencillez de la campiña; en donde se deslizarán vuestros años sin pesares, midiendo en el justo reloj del tiempo las horas de relativo bienestar que os concediesen; la limpieza de vuestra conciencia, la caridad de vuestras obras, los propósitos de vuestro levantado corazón, las justas y dulces esperanzas, convertidas en sabrosas realidades, y el reducido número de objetos que llenarán sobradamente vuestras humanas aspiraciones; pues sabéis, mi señor D. Gustavo, y si no daréislo desde ahora por sabido, que el famoso problema de la dicha no resuelto aún por la insaciable y loca humanidad, lo descifran algunos ánimos enteros, al reducir todas las necesidades de la vida á las únicamente indispensables.

Y por hoy, Gustavo amigo, demos paz á la péñola cansada, y á la mente no menos fatigada, que en las epístolas siguientes proseguiremos el capítulo de consejos si la salud y el buen humor no me abandonan, ¡principales palancas que nos mueven á obrar en el mundo de las ideas, especialmente á mí, que magüer disfruté un tantico de la primera, no me hallo sobrado las más veces del segundo!

Jacaba M. Marin Baldo

Monólogo de Jueves Santo

La quiero... la quiero con toda mi alma y hoy que, por conmemorarse la muerte de Cristo, no deba pensarse en la tierra sino en el cielo, por no sé qué extraña intención, pienso en Eduarda más que nunca... ¿Será porque con esa mantilla blanca y esos claveles rojos vá guapísima?

Qué andares... Entra en San Juan... Esta es la primera estación... Entraré yo también... ¿Por qué no serán Semanas Santas todas las semanas?

La oración ha sido breve... Ya salen... Y se sonríe Eduarda... Mas, no... no salen... ¡Dios mío, se sientan junto á la mesa petitoria!... Vaya un compromiso... Y no me quedan más que cuatro pesetas... ¡Claro, á fin de mes!... Como quien dice, el último cartucho... Las depositaré en la bandeja aún á costa del trabajo de estos días... Adelante... ¡Válgame Dios!... ¿Por qué vendrá Semana Santa todos los años.

Daniel Ramos Gonde

(1) Cervantes.